

EL ALBA

Vol. 33 No. 2

Marzo - Abril 2018

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinegung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA:A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Seguridad para todos 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

El Señor proveerá 15

No hay Dios como tú 17

La gente alaba al Señor 20

Ora y busca el rostro de Dios 23

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Ley de la Nueva Creación
Parte I 26

The Dawn – SPANISH Edition

MARCH – APRIL 2018

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Seguridad para todos

“Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo.” —Isaías 32:17-18

MUCHOS ESTARÍAN dispuestos a concluir que hay poquísima seguridad en la humanidad para conseguir un resultado positivo a la miríada de problemas que aquejan al mundo actual. De hecho, las únicas garantías que parecen claras en la mente de las personas son dos líneas: Primera, la seguridad de que los problemas del mundo sólo seguirán empeorando; y segunda, la seguridad de que nuestra vida individual es limitada y tarde o temprano moriremos.

No negamos la realidad de las condiciones cada vez peores del mundo, ya sea en los aspectos políticos, sociales, morales o de otra índole de la existencia de la humanidad. También coincidimos en que bajo el orden actual de las cosas la muerte continuará su terrible trabajo entre todos los habitantes de la tierra. Sin embargo, si este tipo de cosas constituyen nuestras únicas garantías relativas al futuro del hombre, hay poco que esperar del futuro anticipadamente. El testimonio coherente de la Biblia presenta, no obstante, una

perspectiva muy diferente para el futuro de la tierra y para la existencia del hombre en ella.

Nuestro texto de apertura es uno de esos pasajes de las Escrituras en el cual se prometen condiciones de rectitud, paz y tranquilidad entre las personas. Además, habla de la “seguridad” de que se cumplirán estas condiciones. Ciertamente, en la medida en que reclamemos tales promesas y tengamos confianza en que se lleven a cabo debería ser mucho más brillante nuestra perspectiva para el futuro de la humanidad. Debemos ser capaces de mirar más allá de los problemas actuales y estar seguros, como el salmista David, de que “la ira” de Dios con respecto al actual curso descendente de la humanidad será “un momento..., pero su favor dura toda la vida. Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría.” —Sal. 30:5

SEGURIDAD RELACIONADA CON LA FE

La palabra “seguridad” tal y como se usa en nuestro texto de apertura denota confianza y seguridad. La seguridad, particularmente con respecto a las promesas de Dios para la bendición futura de la humanidad, requiere fe. Este requisito lo observa el apóstol Pablo al definir la fe en relación con “lo que se espera” y “lo que no se ve” (Heb. 11:1). Las promesas que Isaías, David y los demás profetas registraron fueron de este tipo. Eran cosas esperadas y aún no vistas, es decir, promesas para el futuro. Por fe, estos siervos de Dios del Antiguo Testamento los reclamaron y estaban seguros de su eventual cumplimiento. De hecho, Pablo dice que “murieron todos éstos sin haber recibido lo

prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo.” —v. 13

La fe y la garantía resultante de aquellos como Isaías, David y otros no se basaban en una creencia ciega, que es credulidad. Lo cual también señala Pablo en su definición de fe. La fe sólo puede existir, dice, si las cosas que se esperan se basan en “sustancia” y las cosas que no se ven se fundan en “pruebas”. La sustancia y evidencia que fueron la base de la fe para estos fieles de antaño se situaban principalmente en dos líneas. La sustancia era de los que entendieron los planes y propósitos eternos de Dios para la humanidad y la evidencia, la guía y dirección diarias de aquellos que individualmente la reconocieron como proveniente de Dios en el día a día de sus vidas.

Un buen ejemplo de ambos aspectos de la fe se encuentra en Abrahán. Al pedirle Dios que sacrificara a su hijo Isaac, algo casi impensable de hacer desde el punto de vista humano, Abrahán no dudó. Esto se debía a que la “sustancia” de la esperanza de la resurrección estaba firmemente establecida en su mente, tanto que Pablo dijo que Abrahán supuso que Dios podía levantar a Isaac “aun de entre los muertos”. El aspecto de la “evidencia” de la fe de Abrahán se mostró inmediatamente después, porque al alzar la mano para matar a su hijo un ángel del Señor intervino e impidió milagrosamente que tal muerte llegara a Isaac. Así Pablo dice que Abrahán recibió a su hijo amado de vuelta “de entre los muertos... en sentido figurado.” —Heb. 11:19

Aunque a pocos se les ha pedido mostrar su fe en la misma medida que Abrahán, se aplican los mismos principios en cuanto a su desarrollo. Incluso hoy día, la

fe debe basarse en la sustancia del plan de Dios y sus doctrinas fundamentales, y en las evidencias cotidianas de su cuidado providencial y su gobierno en la vida de su pueblo. Tal fe debe desarrollar en nosotros una comprensión de que incluso las adversidades que Dios nos permita obrarán en nosotros “paciencia, prueba,... esperanza” y el “fruto apacible de justicia”, si somos “ejercitados así” (Rom. 5:3-5; Heb. 12:6-11). Por tanto, las promesas de Dios “esperadas” pero “no vistas” en su estado completo son muy reales y pueden reclamarse con “plena certidumbre de fe.” —Heb. 10:22

GUIADO POR EL ESPÍRITU SANTO

Además de la gran fe exhibida por los héroes de antaño, y como se muestra en sus escritos, su registro también lo guió el Espíritu Santo de Dios, su poder e influencia. El apóstol Pedro señala este hecho importante declarando que tenemos la “palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” —2 Ped. 1:19-21

Para aquellos que hoy se esfuerzan por cumplir la voluntad de Dios en sus vidas, el Espíritu Santo es igualmente necesario para su éxito final en la realización de la “plena certidumbre de fe” en todas las promesas de Dios. Es a través de la ayuda y la influencia del Espíritu

que su pueblo crece en la comprensión del plan de Dios, y mediante el cual, también se desarrollan día a día en la imagen de los atributos del carácter del Padre celestial, resumidos en el amor. —Juan 16:13; 1 Juan 4:16

FE LIMITADA, GARANTÍA LIMITADA

La mayoría de los cristianos profesos alegarán sin duda que tienen fe y seguridad. Sin embargo, en la mayoría de los casos, con un alcance muy limitado. Se cree que la seguridad de las promesas de Dios se aplica sólo a un porcentaje relativamente pequeño de todos los seres humanos que han existido. Para los demás, su destino termina siendo la destrucción eterna de uno u otro tipo. Lo mismo se aplica a la perspectiva general de la tierra misma, con muchos que sostienen la creencia de que la tierra literal está condenada a ser destruida.

Tal fe limitada en el testimonio completo de la Palabra de Dios, dará como resultado una garantía limitada de sus promesas. Si creemos que el Dios del universo es incapaz, o no amoroso, de proporcionar una oportunidad completa por la cual su creación humana pueda recuperar la armonía con él, nuestra seguridad en sus nobles designios está muy limitada. Si suponemos también que va a destruir la tierra, el hermoso hogar que creó para el hombre, ¿cómo podemos concluir algo que no sea que todo fue hecho en vano? Aquí nuevamente la “palabra profética más segura” brinda seguridad, pero sólo a aquellos con suficiente fe: “Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo soy Jehová, y no hay

otro”, “la tierra siempre permanece.” —Isa. 45:18; Eccl. 1:4

PECADO Y MUERTE

Para comprender mejor y obtener seguridad con respecto a las promesas de Dios que se encuentran en las Escrituras es necesario examinar algunos detalles, la sustancia, de sus planes y propósitos eternos, que también se encuentran en su Palabra. Por lo tanto, si la Biblia nos dice lo que debe ser, debemos aceptarla en su totalidad como Palabra inspirada de Dios. Al principio de sus páginas se nos informa que nuestros primeros padres fueron creados a imagen de Dios; lo que significa que eran perfectos y estaban dotados de las cualidades divinas del amor, la simpatía y la comprensión. Ciertamente, si la tierra hoy día estuviera llena de tales personas no habría ninguno de los horribles males que afligen actualmente a la humanidad. —Gen. 1:27-28

A estos perfectos especímenes de la humanidad se les instruyó a obedecer la ley de Dios y se les informó que la desobediencia llevaría a la muerte (Gen. 2:17). Desobedecieron y la sentencia de muerte cayó sobre ellos. Pronto vinieron más problemas. Caín asesinó a su hermano Abel, y el asesinato todavía sigue. El curso descendente de la raza humana ha sido constante. El registro revela que menos de dos mil años después de la caída del hombre “todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.” — Gen. 6:5

El Diluvio destruyó ese malvado orden social, pero poco después el pecado y el egoísmo comenzaron a aumentar nuevamente, y cada generación ha

experimentado sus terribles resultados. Ha habido guerras y multitud de manifestaciones angustiosas por el hecho de que la raza humana está caída e incapaz de rescatarse de la atracción del pecado. La Biblia lo atestigua así como las páginas de la historia secular. — Rom. 3:9-19 y 23

ALIVIO PROMETIDO

En cada generación, sin embargo, ha habido personas que se esforzaron por mantener su creencia en Dios y que trataron de detener la ola de egoísmo humano. Abrahán fue una de ellas, como ya se ha visto en páginas anteriores. Dios le hizo una promesa maravillosa, asegurándole de que a través de su “simiente” todas las familias de la tierra serían bendecidas. Cuando Abrahán demostró su completa fe en Dios por su disposición a ofrecer a su hijo Isaac en holocausto, Dios confirmó su promesa por juramento. — Gen. 12:3; 22:15-18

Esta promesa pasó luego a Isaac y después a Jacob, nieto de Abrahán (Gen. 26:4; 28:14). Al morir Jacob, se convirtió en la herencia de la nación de Israel en conjunto. Para los judíos devotos esta promesa fue la base de su esperanza en un futuro Mesías. Tal y como la entendieron, el Mesías establecería un gobierno poderoso en Israel, que se extendería y bendeciría a todas las familias o naciones de la tierra.

El evento más grande que tuvo lugar en la tierra hasta ese momento fue el nacimiento de Jesús, enviado al mundo para cumplir las promesas mesiánicas. Sin embargo, tal nacimiento recibió poca publicidad en ese entonces. Los pastores, a quienes los ángeles anunciaron

el nacimiento de Jesús, sin duda hicieron lo que pudieron para difundirlo, pero fue escaso para un evento tan importante para la humanidad. Los magos que llegaron después quedaron muy impresionados, y es probable que difundieran las noticias hasta cierto punto. Tal vez la mejor noticia que recibió el nacimiento de Jesús fue en relación con el intento de Herodes de destruir al niño mediante la matanza de todos los niños hebreos en esa área. Por lo tanto, al igual que hoy, el mal eclipsó temporalmente al bien.

A pesar de la poca atención dada al nacimiento de Jesús en ese instante, había ocurrido uno de los eventos más grandes de la historia. Era un rayo de luz en la noche de la experiencia humana, nació aquel por quien el Creador había prometido redimir a la humanidad de las fuerzas del pecado y de la muerte. Sin duda nació en un humilde pesebre, pero fue anunciado por los santos ángeles de Dios. Nació para el papel eventual de Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno y Príncipe de Paz. —Isa. 9:6-7

MESÍAS Y REY

Jesús nació también para ser el gran Mesías y Rey de la promesa. Sus discípulos creían que éste era su destino, y sin duda así era. Esperaban que estableciera su reino inmediatamente, primero para librar a Israel del yugo romano de esclavitud, y luego para tomar el control del gobierno mundial. Sin embargo, aunque Jesús demostró mediante sus milagros que era capaz de lograr grandes cosas, los discípulos no vieron ninguna evidencia de que formara un nuevo gobierno bajo su liderazgo.

Lo que sí vieron fue una creciente hostilidad hacia Jesús por parte de los gobernantes religiosos pero no entendieron la actitud de Jesús frente a la creciente ola de oposición pues les comunicó su intención de ir a Jerusalén para ser arrestado y ejecutado. Simplemente, no podían armonizarlo con sus expectativas respecto a su Maestro; de hecho, Pedro aconsejó a Jesús que no fuera a Jerusalén tratando luego de evitar su arresto mediante el uso de la espada. —Mat. 16:21-23; 20:18-19; Juan 18:10-11

Sin embargo, todo fue en vano. Jesús estaba decidido a entregarse a sus enemigos, aunque podría haber pedido a su Padre celestial la ayuda de los santos ángeles si hubiera creído que era la voluntad divina para él (Mat. 26:53). Aun con sus corazones angustiados, los discípulos no pudieron hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos. Su Mesías y Rey fue traicionado y arrestado. Se le llevó ante los sacerdotes y los gobernantes para juzgarle, escupirle, golpearle, colocarle una corona de espinas sobre su cabeza y para clavarle en una cruz, donde se le dejó morir. Acompañó a su muerte un gran terremoto y el velo del templo se rasgó (Mat. 27:51); también vino oscuridad sobre la tierra, símbolo apropiado de la oscuridad del pecado y de la muerte que Éste enviado de Dios vino a disipar. —Luc. 23:44-45

EL REDENTOR

Fue por el sacrificio de su vida que Jesús proveyó la redención del pecado y la muerte para toda la humanidad; además de ser el futuro Rey del mundo ahora es el Redentor de la raza humana. En ese momento, sin embargo, los discípulos no lo entendieron

y quedaron desconcertados por qué su Maestro había permitido que sus enemigos lo mataran. La gran alegría por su nacimiento y ministerio milagrosos la habían eclipsado la frustración, la tristeza y la confusión que ocasionaron su muerte.

La fe de los discípulos estaba tan firmemente arraigada en la realidad de su Mesianismo que prestaron poca atención a algunas de sus declaraciones que indicaban que moriría a manos de sus enemigos. ¿Cómo pudo sucederle a su Mesías? Cuando fue crucificado recordaron vagamente su promesa de que resucitaría al “tercer día” y a ello se aferraron como su última esperanza. —Mat. 16:21; Lucas 9:22

En la madrugada de ese tercer día algunas mujeres fueron a la tumba para completar el embalsamamiento del cuerpo de Jesús y la encontraron vacía. Un ángel les explicó que su Maestro no estaba allí, que había resucitado. Jesús se apareció a María Magdalena y le pidió que dijera a sus discípulos que ya no estaba muerto (Lucas 24:1-10; Juan 20:11-18). Más tarde ese día, Jesús se apareció como un forastero a dos de sus discípulos en el camino a Emaús y al preguntarles la causa de su tristeza le explicaron lo sucedido, agregando: “Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido” — Lucas 24:13-21

De las profecías del Antiguo Testamento, Jesús señaló a estos dos discípulos que era necesario que el Mesías sufriera y muriera, y que las promesas de su gloria como Mesías y Rey se cumplirían más tarde y al desaparecer Jesús de la vista de estos discípulos se

decían: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” —vv. 26-32

Sin duda, los corazones de todos los discípulos ardieron en su interior al convencerse de que su Maestro había resucitado de entre los muertos. Sin embargo pocos, aparte de los seguidores dedicados de Jesús, creían en semejante milagro. La resurrección de Jesucristo ha sido el evento más notable y maravilloso en la historia del mundo, no obstante, se le prestó poca atención. Las buenas noticias al respecto proclamadas por sus fieles seguidores cayeron en su mayoría en oídos sordos.

CONMEMORACIÓN AHORA

El último viernes de marzo y el domingo siguiente conmemorarán la muerte y la resurrección de Jesús millones de personas. Habrá mucho regocijo, música inspiradora e incluso desfiles. Muchas iglesias tendrán su asistencia más grande del año y se predicarán sermones elocuentes. Sin embargo, la mayoría de las personas desconoce el significado real de la muerte y la resurrección de Jesús. De hecho, muchos de los predicadores esos días estarán confusos en cuanto a tales, como la mayoría de los que acuden a sus congregaciones.

La muerte y resurrección de Jesús fueron fundamentales para el éxito del plan de Dios. Sin la muerte de Jesús, la humanidad seguiría condenada a muerte y, por tanto, sin una nueva mañana de alegría para la raza humana. Sin embargo, debido a que Jesús dio su vida en “rescate por todos”, y haciendo así

provisión para la anulación de la sentencia de muerte, la promesa de la alegre mañana todavía se hará realidad (Sal. 30:5). La gran realidad de la muerte de Jesús como Redentor del hombre se “dará testimonio a su debido tiempo” a toda la gente. —1 Tim. 2:3-6

SEGURIDAD A TRAVÉS DE SU RESURRECCIÓN

Un Redentor muerto no podía librar a la humanidad de la muerte, ni un Rey muerto podía gobernar y bendecir a todas las familias de la tierra, como Dios le prometió a Abrahán. Por lo tanto, el siguiente gran paso en la ejecución del plan de Dios para la salvación humana era la resurrección de Jesús de entre los muertos. El Padre celestial demostró su poder para cumplir sus promesas levantando a Jesús de entre los muertos (Hechos 2:32; 1 Cor. 15:3, 4) lo cual demuestra que nada puede interferir con éxito con la realización del plan amoroso de Dios para sacar a la raza humana de la degradación causada por la desobediencia a su ley.

Verdaderamente, entonces, la resurrección de Jesucristo de la muerte fue un rayo brillante de esperanza para el mundo angustiado y moribundo de la humanidad. En el oscuro mundo presente de caos y sufrimiento la gente en general no tiene un verdadero conocimiento de Dios. Él lo sabe; sin embargo, cuando sus juicios estén “en la tierra aprenden justicia los moradores del mundo” (Isa. 26:9). Ese día de juicio, basado en el recto aprendizaje del pueblo es todavía futuro; y con respecto a esto, el apóstol Pablo explica que Dios “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón [Cristo Jesús] a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos.” —Hechos 17:31

SEGURIDAD SÓLO A TRAVÉS DEL PLAN DE DIOS

No hay garantía de paz y tranquilidad, mencionada en nuestro texto de apertura, que pueda encontrarse en alguna parte del mundo hoy en día. Sólo tenemos esperanza al mirar el plan divino de Dios tal y como se nos presenta en su Palabra. En ese plan, Jesús es el Príncipe de Paz, el futuro maestro y el justo juez del pueblo que iluminará a toda la humanidad. En él vemos al gran Mesías de la promesa y a quien será el nuevo y justo Rey de la tierra.

Tenemos la certeza de que todo el plan del Creador, centrado en Jesús, tendrá un desenlace glorioso en la tierra porque el Padre “entregó a su Hijo unigénito” y le levantó de entre los muertos (Juan 3:16) ¡Que nuestra conmemoración de la muerte y resurrección de Jesús en las próximas semanas nos inspire a todos un mayor deseo de contarle al mundo entero las benditas nuevas y la seguridad del reino centrado en él!

El Señor proveerá

Versículo Clave: “Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos.”
— Génesis 22:8

Escritura Seleccionadas:
Génesis 22:1-14

UN EJEMPLO destacado de fe en Dios durante el Antiguo Testamento fue el de Abrahán, cuyo amor y obediencia al Padre celestial le fueron contados por justicia (Gal 3:6). Durante un período de muchos años, Abrahán tuvo varias experiencias diseñadas a desarrollar su confianza en la promesa de Dios de bendecir a toda la familia humana a través de su simiente. En la lección de hoy el Padre Celestial dio instrucciones que revelarían la profundidad del carácter de Abrahán en circunstancias extraordinarias.

“Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.” — Gen. 22:1-2

Como respuesta inmediata, Abrahán se levantó temprano a la mañana siguiente y viajó con su hijo Isaac y dos siervos durante tres días hasta llegar al lugar que Dios le indicó. Dijo a los jóvenes que les acompañaban

que se quedaran atrás mientras iba a adorar. Abrahán, llevando el cuchillo y el fuego, luego subió con Isaac, que llevó la leña para su propio sacrificio. —vv. 3-6

Al observar que tanto el fuego como la madera estaban disponibles, era natural que Isaac preguntara a su padre: “¿Dónde está el cordero para el holocausto?” (v.7). Nuestro versículo clave refleja la absoluta confianza de Abrahán en que todo el asunto lo anularía la Divina Providencia al responder que Dios proveería el cordero.

Es evidente que Isaac consintió completamente en ello ya que Abrahán, después de construir un altar y poner la madera en el lugar correspondiente, lo ató como sacrificio. Mientras extendía Abrahán su mano para matar a Isaac, una voz del cielo declaró la aprobación de Dios de esta obediencia y que ningún daño debía hacerse a su hijo, sino que debía sacrificarse en su lugar a un carnero atrapado en un matorral cercano. Con humilde gratitud Abrahán llamó a este lugar “El Señor proveerá.” —vv. 9-14

De gran importancia al considerar los detalles de lo anterior es el reconocimiento de que aquí Abrahán tipifica al Padre celestial, que ofreció a su Hijo unigénito como sacrificio por la familia humana (Juan 3:16). En el momento de la vida terrenal de Cristo, al ser bautizado, Juan el Bautista declaró: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” —Juan 1:29

Cuando las condiciones establecidas en el cumplimiento de la oración del Señor, “Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” sucedan, habrá regocijo eterno para la familia humana (Mat. 6:10). Entonces el alcance completo de las

bendiciones de la promesa hecha a Abrahán se hará realidad. ¡Qué maravillosa perspectiva!

Lección Dos

No hay Dios como tú

Versículo clave: “*Jehová Dios de Israel, no hay Dios semejante a ti en el cielo ni en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia con tus siervos que caminan delante de ti de todo su corazón.*”
— 2 Crónicas 6:14

Escrituras Seleccionadas:
2 Crónicas 6:12-21

vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Tú has derramado mucha sangre, y has hecho grandes guerras; no edificarás casa a mi nombre, porque has derramado mucha sangre en la tierra delante de mí.” —1 Cron. 22:7-8

Tras convertirse Salomón en rey, reconoció la presencia de Dios entre la nación de Israel manifestada por el Arca del Pacto que los sacerdotes habían traído al

templo recién construido; y, como parte de la ceremonia de dedicación, Salomón subió a una plataforma elevada en la corte del templo, y con las manos hacia el cielo, inclinó la cabeza en oración. —2 Crón. 5:1-6 y 13

En nuestro versículo clave, Salomón reconoce la supremacía, la misericordia y la fidelidad de Dios para mantener su pacto. El resto de esta oración recuerda las muchas promesas del Padre celestial a Israel y pide perdón cuando el pueblo es derrotado por sus enemigos y se arrepiente de sus acciones caprichosas. —2 Crón. 6:15-42

Una apreciación adecuada de los tratos de Dios con el Israel natural debería recordarnos que fueron especialmente favorecidos y llamados a ser una nación de reyes y sacerdotes si eran leales al pacto que recibieron en el Monte Sinaí. En varias ocasiones se les recordó sus bendiciones si observaban la ley de Dios o el castigo si eran desobedientes. —Lev. 26:3-33

En última instancia al ir Cristo a los judíos para ser su Salvador éstos lo rechazaron: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.” — Mat. 23:37-39

Posteriormente, se extendió una oportunidad para los gentiles en hacer la voluntad de Dios, que se manifiesta en la obediencia, llevar la cruz y la abnegación. La fidelidad en seguir tal curso hasta el final del viaje de la vida resultará en su exaltación como reyes

y sacerdotes para bendecir a la familia humana en un mundo marcado por la rectitud. —Mat. 16:24; Apoc. 20:6

¡Cuán misericordioso es Dios porque proveyó la recuperación de Israel de la ceguera! Cuando se haya completado el cuerpo de Cristo tendrán la oportunidad de ser plenamente restaurados al favor divino y recibirán para siempre el favor del Padre celestial durante el reino que pronto se establecerá en la tierra. —Rom. 11:25-29

La gente alaba al Señor

Versículo clave:
**“Cuando vieron todos
los hijos de Israel
descender el fuego y la
gloria de Jehová sobre
la casa, se postraron
sobre sus rostros en el
pavimento y adoraron, y
alabaron a Jehová
diciendo: Porque él es
bueno, y su
misericordia es para
siempre.”**
— 2 Crónicas 7:3

**Escrituras
Seleccionadas:**
2 Crónicas 7:1-9

AL CONCLUIR Salomón la oración, bajó fuego del cielo y consumió los holocaustos y sacrificios ofrecidos en relación con la ceremonia de dedicación del templo. Esto manifestó la aprobación divina, y fue un espectáculo tan magnífico que los sacerdotes no pudieron entrar en él porque “la gloria de Jehová” llenaba el templo. —2 Crón. 7:1-2

Nuestro versículo clave ilustra el efecto de este vívido retrato de la presencia divina entre Israel. Todas las personas respondieron con reverencia y asombro, inclinándose rostro a tierra en adoración y gloria a Dios por su infinita bondad y misericordia.

Lo anterior es una de las varias referencias bíblicas que reflejan la manifestación de la aceptación divina de un holocausto cuando los judíos mostraron reverencia por el Padre celestial. Por ejemplo, en una ocasión Israel volvió a caer en la idolatría. Los profetas

de Baal invocaron a su dios falso para consumir un sacrificio en el Monte Carmelo, pero a pesar de sus súplicas a lo largo del día no lo consiguieron. Por la noche, Elías puso un buey sobre un altar al que previamente había empapado con agua. Al invocar al Señor, el fuego consumió el sacrificio, así como la madera, las piedras, el polvo y hasta el agua en la zanja. Entonces la gente se postró sobre su rostro y adoró al verdadero Dios de Israel. —1 Reyes 18:17-39

Tan apropiados como la alabanza y la adoración en relación con la dedicación del templo de Salomón, fue el uso de ofrendas de agradecimiento a través de sacrificios por el rey y el pueblo, un aspecto importante para demostrar la relación especial de Israel con Dios. Además, se reflejó la inmensa gratitud de Salomón en esta ocasión por su ofrenda de veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Tal asombroso número parece especialmente difícil de visualizar. Los sacerdotes participaron activamente en la administración de estos sacrificios, y fue necesario que Salomón consagrara espacio adicional en el patio que rodeaba el templo porque el altar que se usó inicialmente no podía acomodar todas las ofrendas. Durante esta feliz ocasión los levitas también participaron utilizando sus instrumentos musicales. —2 Crón. 7:4-7

El momento de esta celebración ocurrió al acudir a Jerusalén gente de todas partes de Israel para celebrar una fiesta especial. Durante siete días vivieron en cabañas como recordatorio de cuando Dios los liberó de la esclavitud egipcia y estaba con ellos al vagar por el desierto durante cuarenta años y vivían en tiendas — Lev. 23:34-43

Aunque la fiesta de una semana era un requisito anual, en este caso especial los israelitas se habían reunido para presenciar también la dedicación del templo, finalizando las actividades con un día extra de santa convocación (Lev. 23:36; Núm. 29:35). Después, Salomón decretó que la gente debía regresar a sus hogares. Habiendo completado la dedicación del templo, Salomón construyó su palacio, y su fama creció durante el tiempo de la gloria de Israel. —1 Reyes 7:1; 2 Crón. 7:8-11

Ora y busca el rostro de Dios

Versículo clave: “*Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convierten de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.*”
— 2 Crónicas 7:14

**Escrituras
Seleccionadas:**
2 Crónicas 7:12-22

DIOS RESPONDIÓ a la oración de dedicación de Salomón al indicar que había aceptado el templo al elegirlo para su adoración y ofrecimiento de sacrificios. También escucharía las oraciones de perdón hechas en este lugar cuando se arrepintieran de su maldad y de sus transgresiones. — 2 Crón. 7:12-16

Nuestro versículo clave enfatiza la necesidad de humildad y de oración para que el pueblo de Israel sea restaurado a favor de Dios. Como parte de una seria advertencia, el Señor informó a Salomón que su reino sería plenamente establecido si obedecía los mandamientos de Dios. Sin embargo, si fuera infiel, la nación iría al exilio e incluso el glorioso templo podría ser destruido por sus enemigos. —vv. 7-22

Durante la primera parte del reinado de Salomón, obtuvo muchos logros impresionantes que resultaron en fama personal y en relativa paz con los vecinos de Israel. Su inmensa riqueza y gran sabiduría

fueron legendarias, lo que llevaron a que otros gobernantes lejanos, como la Reina de Saba, le rindieran homenaje. Podría haberse supuesto que su amor por Dios y su fidelidad serían la causa de que su reino prosperase indefinidamente, pero no fue el caso. Durante los últimos años, la pérdida de reverencia de Dios por parte de Salomón dividió finalmente a la monarquía después de su muerte.

“Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David. Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas. E hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová, y no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre.” —1 Reyes 11:4-6

Muchos años después, el profeta Ezequiel vio en una visión la gloria de Dios partir del templo cuando los babilonios llevaron a Judá al cautiverio (Eze. 10:18-19). Sin embargo, también se profetizó la promesa de la futura restauración de Israel durante un tiempo de paz. —Eze. 43:2-5

De especial importancia para nosotros es el hecho de que los cristianos son representados como parte de una clase del templo. “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.” —1 Cor. 3:16-17

El templo de Salomón se estableció como lugar de reunión entre Dios e Israel a través del sacerdocio. La aplicación más grandiosa de esta ilustración se cumplirá

al bendecir Dios a la familia humana a través del sacerdocio real, compuesto por nuestro Señor glorificado y su fiel iglesia. —1 Ped. 2:9

Si somos fieles a nuestro llamado, estaremos facultados para ayudar a erradicar la muerte, el llanto y el dolor (Apoc. 21:3-4). En ese momento toda la familia humana recibirá el favor de Dios durante un reino de paz establecido por el “más grande que Salomón”, el Cristo, la Cabeza y el Cuerpo.

Estudio VII

LA LEY DE LA NUEVA CREACIÓN

Parte I

DAR UNA LEY IMPLICA QUE SE PUEDE OBSERVARLA — LA LEY DIVINA TAL COMO FUE ESCRITA AL PRINCIPIO — UNA LEY DE VIDA NO SE PODÍA DAR A LA RAZA CAÍDA — LA REDENCIÓN NO VIENE DE LA LEY SINO DE LA GRACIA — EL PACTO DE LA LEY CUMPLIDA Y EL NUEVO PACTO SELLADO POR EL SACRIFICIO ÚNICO DE CRISTO — LA LEY DE SINÁI DADA A ISRAEL SEGÚN LA CARNE SOLAMENTE — LA LEY DEL NUEVO PACTO — EL MANDAMIENTO BAJO EL CUAL LOS SANTOS SON DESARROLLADOS — LA NUEVA CREACIÓN SEPARADA Y DISTINTA EN SUS RELACIONES Y EN SU PACTO CON DIOS — EL CRECIMIENTO EN LA APRECIACIÓN DE LA LEY PERFECTA — CORRER HACIA EL FIN Y MANTENERSE FIRME ALLÍ — LA REGLA DE ORO — LA LEY PERFECTA DE LA LIBERTAD

Cuando cualquier autoridad competente promulga una ley, esto implica la capacidad para aquel que la recibe de observarla, o que algunas disposiciones han sido tomadas para ajustar los casos de infracción. El hecho de promulgar una ley presupone la posibilidad de su violación; es por eso que una ley siempre implica penalidades. En el caso del padre Adán que, nos dicen, fue creado a la imagen y a la semejanza de Dios, y sobre quien vino una sentencia o una maldición a causa de su desobediencia a la voluntad divina, deducimos que es necesario que una ley se le hubiera dado y que ella hubiera sido suficientemente explícita, de otro modo no habría podido ser condenado justamente como

transgresor por su Creador. Se nos informa claramente que el pecado cometido en Edén fue la desobediencia a un mandamiento divino. La equidad de la sentencia de muerte que azotó a Adán, y que mediante él, se extendió de manera natural a su posteridad, implica que había comprendido la ley a la cual estuvo sometido, y que la transgredió con conocimiento de causa, si no, la culpa se habría pertenecido al dispensador de la ley. Es también evidente que Adán estaba en el estado de recibir la ley divina y de someterse a ella, que no había ninguna disposición tomada para ajustar las infracciones de esta ley — ningún mediador — pero como resultado de la violación de la ley, el pleno castigo le azotó.

Ningún relato se nos informa que el Creador les presentó al padre Adán y a la madre Eva un código de leyes grabado sobre piedra o de cualquier otro modo; así como tal codificación de leyes es común hoy a causa de las debilidades humanas, muchos son los que no pueden comprender de cuál manera Adán poseía una ley perfecta bajo la cual fue probado, pronunciado culpable y condenado. Es un error de suponer que es necesario que las leyes sean escritas de manera visible — sobre papel, piedra, etc. — y de no discernir que existe una forma más elevada aún de escribir la ley divina: el de crear al hombre en tal acuerdo con los principios de justicia como sería apropiado decir que la ley divina (la apreciación del bien y del mal) fue escrita en su organismo perfecto. Es de esta manera que la ley de Dios está escrita en su propio ser y en aquel de todas las multitudes angelicales, y de esta manera también la ley divina fue escrita en la misma constitución de Adán y de Eva. No eran propensos al pecado. Eran inclinados, al

contrario, a la justicia. Eran rectos, en un medio recto y perfecto, y conscientes de sus obligaciones hacia su Creador, advertidos de sus responsabilidades de obedecer a cada uno de sus mandamientos; ellos sabían, no de manera vaga sino precisa lo que había ordenado. Por lo tanto, estaban sin excusa respecto a su transgresión. Podríamos, por misericordia, encontrarles excusas, haciendo valer su inexperiencia, etc. tocante a las sanciones, pero el hecho que no hubieran podido captar plenamente lo que constituyera estas sanciones contra el pecado no cambia en nada el otro hecho que sabían distinguir la conducta recta de aquella que no lo era. Ellos sabían que estaba bien obedecer a Dios y mal de desobedecerle, y esto completamente aparte de la apreciación que podían tener de las angustias que seguirían la desobediencia. El Apóstol confirma el relato de Génesis en todos sus detalles diciendo que “Adán no fue engañado”, que transgredió con conocimiento de causa, voluntariamente, y que así se había traído la maldición, o el castigo del pecado voluntario que su Creador le había señalado antes: la muerte.

Si miramos alrededor de nosotros hoy, encontramos que el mundo en general perdió, en una medida muy grande, esta semejanza original con Dios a la cual nuestros primeros padres fueron creados. Los hombres perdieron mucho más que una apreciación intuitiva del bien y del mal. La ley divina que había sido grabada clara y distintamente en la naturaleza humana, de gran manera, fue borrada en el transcurso de los últimos seis mil años del “reinado del pecado y de la muerte”. Por sus relaciones con algunos miembros de la familia humana, Dios, de un modo importante, ha reanimado la

ley original en muchos corazones, volviendo a trazar más o menos profundamente diversos rasgos característicos de la rectitud, y sin embargo, hasta en las personas más civilizadas y más cristianizadas, nadie se atreve a confiar sin reserva en su propio juicio sobre diversas preguntas, en cuanto a lo que es correcto o no. Pues, aún necesitamos tener delante de nosotros ciertos modelos divinos a los cuales podemos ir, y según los cuales podemos corregir nuestras estimaciones del bien y del mal, y aproximarlos cada vez más al modelo divino. Sin embargo, hasta entre los pueblos más degradados del mundo pagano, encontramos frecuentemente rudimentos de conciencia y ciertas concepciones más o menos crudas del bien y del mal. Éstos son los restos pervertidos y distorsionados de la ley original de la existencia del hombre, según la cual fue creado al principio a “la imagen de Dios”. El Apóstol hace alusión a este estado de cosas entre los paganos, diciendo: “sus pensamientos acusándolos unas veces y otras defendiéndolos”. Él declara que ellos “muestran así la obra de la ley escrita en sus corazones” — restos de la ley original, pruebas fragmentarias que fueron en otro tiempo inherente en la naturaleza humana. —Rom. 2:15.

Entre los hombres, algunas leyes son hechas concernientes a los criminales, otras concernientes a aquellos que no los son: (1) leyes civiles que garantizan la vida, la paz, la libertad, etc. a los que se conforman a ellas, pero que, en cambio, amenazan a los que las violan con la prisión donde pierden la libertad y los privilegios. (2) leyes que rigen a los culpables con una severidad más grande a menos que un mejoramiento intervenga en la conducta; no obstante, en ningún sentido de la

palabra, no se les ofrecen libertades.

Así es también con la ley divina. Tenemos, primero, la ley original bajo la cual Adán fue puesto a prueba. Para comenzar, él tenía privilegios y bendiciones: vida, paz, felicidad, y todo lo que era necesario para él, y la ley se los garantizaba siempre y cuando se mantenía obediente a su Creador; en cambio, la desobediencia le valdría la pena de muerte: “Muriendo, morirás”, y esta pena se extendió a su posteridad de manera natural. En consecuencia, desde el momento de su transgresión, Adán fue un culpable, un condenado, privado de las esperanzas de la vida de las que había gozado, privado de su morada en Edén, privado de la comunión que tenía antes con su Creador. La tierra no preparada se hizo su gran penitenciaría, y la tumba su prisión perpetua. La ley que le regía anteriormente fue ahora derogada en el sentido que, en lo sucesivo, no se le ofrecía ninguna esperanza o perspectiva de vida, sino que ya le había condenado a muerte. En lo sucesivo, él no estaba más bajo la ley de vida, ninguno de sus hijos había nacido bajo esta ley de vida, o con una esperanza o una perspectiva de alcanzar la vida eterna: todos eran presos. En lenguaje figurativo, el pecado y la muerte los han capturado, son sus verdugos y sus carceleros.

Sin embargo, si la ley original no podía aplicarse más en lo sucesivo a ellos puesto que ya había expresado su venganza contra ellos, sin embargo ellos se encontraban bajo ciertas leyes naturales. Ellos encontraron así la ley que seguía operar en su condición de presos: toda violación de su conciencia, todo compromiso más profundo en lo que reconocían ser un pecado, les traían más rápido la degradación y la muerte;

al contrario, ya no procuraban con cuidado seguir lo que reconocían ser correcto, ya no encontraban favorable su condición de presos, no obstante sin menor alusión a una liberación.

El Apóstol sugiere que no era posible que Dios debiera dar una ley de vida a nuestra raza caída. Fue condenada según la justicia, y siempre y cuando quedaba esta *condena*, ninguna ley se le podía dar cuya observancia pudiera asegurarle la liberación de la muerte. Antes de que alguna ley de este género se le pueda dar a la familia humana, es necesario que la sentencia de la primera ley esté satisfecha, y que su maldición o condena sea levantada; *entonces* otras disposiciones [o arreglos —*Trad.*] podrían ser tomadas, incluso las ofertas de vida eterna bajo condiciones, pero no antes de que esta expiación por la primera transgresión y esta anulación de la sentencia hubieran sido cumplidas. El Señor hizo alusiones a su intención de obrar una expiación de este género por el pecado, a solo fin de dar a la humanidad otra oportunidad de vida eterna, en lugar de aquella que fue dada a Adán y perdida por él mismo y por todos sus descendientes. No obstante, las promesas divinas eran extremadamente vagas, justamente suficientes para originar la esperanza; es por eso que hablamos de la familia humana, de los hombres, como presos del Pecado y de la Muerte, como “presos de la esperanza” [Zac. 9:12].

Una de estas alusiones hechas a una expiación¹, etc. se encuentra en las palabras del Señor en el momento en el cual él pronunció la sentencia, cuando declaró que la

¹ O propiciación, o reconciliación. —*Trad.*

descendencia (o simiente —*Trad.*) de la mujer magullaría al fin, la cabeza de la serpiente (Gén. 3:15). Es en el lenguaje oscuro y figurativo que el Señor anunció la caída de las potestades del mal, la victoria que debía venir a la familia adámica y por ella. Esta descendencia de la mujer, como todos sabemos, alcanzó su cumplimiento en Cristo. Cuatro mil años después de la caída, Dios envió a su Hijo, “nacido de una mujer”, y por eso miembro de la raza condenada y identificándose con ella, “para que por la gracia de Dios, gustase la muerte por todos”, sufriera la *pena* por todos, derribando por cada uno el curso de la *maldición*, o la sentencia de muerte, concediéndole así a cada hombre una posición jurídica tal como pudiera permitir de nuevo que se pudiera dar una ley de vida cuya observancia llevaría a la vida eterna como recompensa.

Sin embargo, antes de que el tiempo viniera para Dios de enviar a su Hijo, y de cumplir por su medio la redención de la raza, salvándola de la maldición de la muerte, él trató especialmente con Abrahán y su familia conocida más tarde bajo el nombre de Israelitas. En primer lugar, a Abrahán, Isaac y Jacob, Dios hizo promesas más o menos explícitas, informándoles sobre sus intenciones benévolas de bendecir a todas las familias de la tierra. Mensaje igual que venía del gran Juez que había condenado la raza tenía un gran significado: se trataba o de una violación de la Justicia para el levantamiento de la maldición, de la sentencia, o entonces de lo que el gran Tribunal supremo del Universo tenía un plan por el cual podía ser justo y, sin embargo, ejercer la misericordia con respecto a estos miembros de la raza que se mostrarían dignos de ella,

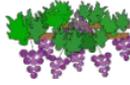
vinieron de acuerdo con sus arreglos justos. Los Patriarcas se regocijaron de estas promesas y discernieron más o menos claramente una futura vida por una resurrección de los muertos que, no sólo sería provechosa para ellos y para su posteridad, sino que sería finalmente una bendición para cada criatura de la raza.

Fue debido a la promesa hecha a Abrahán que el Señor les dio una Ley especial a sus hijos los Israelitas, en el Monte Sinaí. Esta Ley fue el fundamento de un Pacto que él hizo con ellos. Si ellos observaran esta Ley entonces todas las promesas serían para ellos. Esta Ley fue reconocida como perfecta, justa y buena en todos sus detalles, pero ya que los Israelitas eran caídos, depravados, imperfectos, era necesario que un mediador se estableciera, a saber Moisés, y luego que un medio se encontrara por el cual las transgresiones del pueblo contra esta Ley podrían ser restablecidas típicamente una vez al año, y que así los Israelitas pudieran perseverar en sus esfuerzos para observar la Ley de generación en generación. La institución de este oficio de mediador de Moisés y de los sacrificios típicos por los pecados, etc. todo esto demuestra que el pueblo al cual fueron dados este Pacto y esta Ley, fue bien reconocido incapaz de una obediencia absoluta. Esto contrasta distintamente con el don original de la Ley en Edén, donde ningún mediador fue establecido y donde ninguna disposición fue tomada por las debilidades de la carne. Este hecho sólo nos dice, de manera irrefutable, que el primer Adán era perfecto a la imagen y a la semejanza de su Creador, y que era capaz de una obediencia absoluta a la Ley divina. También nos informa que, en el ínterin, la raza

había degenerado ampliamente, porque las disposiciones de la Ley mosaica fueron tomadas para convenir a los hombres caídos, depravados.

Además, tenemos la seguridad dada por el Apóstol que ningún judío excepto nuestro Señor Jesús nunca pudo observar la Ley, y que sólo Jesús obtuvo, o hubiera podido obtener las recompensas de este Pacto de la Ley hecha con Israel. El Apóstol declara: “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” [Rom. 3:20]. Por lo tanto, esta Ley sirvió la intención doble (1) de mostrar que nadie, entre la raza caída, podía observar la Ley divina, o ser aceptable a los ojos de Dios; y (2) de declarar perfecto a nuestro Señor Jesús ya que observó la Ley, lo que ninguna persona imperfecta podía hacer. Observando así la Ley, se hizo el único heredero del Pacto hecho con Abrahán. Así fue designado como la descendencia (simiente) predicha de Abrahán, en la cual todas las familias de la tierra serían bendecidas. Este pacto, habiendo alcanzado así su cumplimiento en Cristo Jesús, se acabó, en lo que concernía la descendencia prometida que debe bendecir. Sin embargo, si echando una mirada hacia atrás, examinamos de cerca la promesa, encontramos que en ciertos aspectos, por lo menos, ella era doble: ella comprendía una descendencia espiritual e igualmente una descendencia terrestre como implica la promesa: “Tu descendencia [será] *como* las estrellas del cielo y *como* la arena que está a la orilla del mar”. —Gén. 22:17.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de mayo - junio de 2018)



El día apropiado para observar la Cena
Commemorativa es jueves, el 29 de marzo de 2018,
después de la puesta del sol.



* * *